



AÑO IV

← BARCELONA 2 DE FEBRERO DE 1885 →

NÚM. 162



CONCIERTO EN EL ANTIGUO EGIPTO, cuadro por A. Calbet



## SUMARIO

NUESTROS GRABADOS.—LAS AVENTURAS DE UN MUERTO, por don Gaspar Nuñez de Arce.—¿QUIÉN ERA EL DOCTOR X? por don Castro Vilar.—LA CAJA DE ALERCE (*conclusion*), por don F. Moreno Godino.—LOS LÍMITES DE LA ATMÓSFERA, por don José Rodríguez Mourelo.

GRABADOS: CONCIERTO EN EL ANTIGUO EGIPTO, cuadro por A. Calbet.—CUENTOS.—AGAR É ISMAEL EN EL DESIERTO, cuadro por E. K. Liska.—A LA PUERTA DEL CONVENTO, cuadro por P. Thumann.—DESPUES DE LA NEVADA, cuadro por De Vigne.—TESEO DANDO MUERTE AL CENTAURO, grupo en mármol por Canova.

## NUESTROS GRABADOS

## CONCIERTO EN EL ANTIGUO EGIPTO, cuadro por A. Calbet

Atestiguan los rudimentarios dibujos de la tierra de los Faraones que la música entraba por mucho en las costumbres egipcias, y el autor del cuadro que publicamos, reuniendo datos arqueológicos estimables, ha compuesto una escena musical, si no como fué, por lo ménos como comprende que debió haber sido.

Para ello ha reconstruido el lugar de la escena, los instrumentos, y hasta las fisonomías y actitudes de los personajes, que realmente parecen encarnados segun los perfiles de las esculturas y pinturas de la época. Es un cuadro en que el arqueólogo sobrepaja al pintor, quien, sin embargo, debe estar satisfecho de que su obra se aproxime seguramente cuanto es dable á una verdad que no pasa de presunta.

Bueno es que el arte y la erudicion se pongan de acuerdo para hacernos comprender la manera de ser de los tiempos remotos.

## CUENTOS

Asunto sencillísimo es el de este lienzo, y por esto mismo aplicable á él lo de *difficil facillimum* tantas veces invocada por la crítica.

Una excelente religiosa entretiene á varios niños de corta edad refiriéndoles aquellos cuentos que siempre oye con creciente interés la infantil generacion. El argumento, por lo tanto, no se presta á grandes efectos propios de la manifestacion de grandes pasiones; mas por lo mismo aumentan las dificultades de ejecucion en proporcion á los escasos recursos de que el artista dispone.

El autor de nuestro cuadro ha vencido esos inconvenientes y ha impreso á su composicion toda un tinte delicado, apacible y tan simpático que nos recreamos con fruicion ante esos niños atentos á la parábola de la excelente mujer que posee el don de hacerse simpática á la turbulenta infancia.

Este cuadro tiene condiciones de primer orden, resalta cuanto cabe por la habilidad de un grabador á quien el autor del lienzo debe estar agradecido.

## AGAR É ISMAEL EN EL DESIERTO, cuadro por E. K. Liska

Abrahan se hallaba unido á Sara; mas á pesar de sus muchos años de matrimonio, Sara no habia concebido hijo alguno. Temiendo los esposos terminar la vida sin descendencia, cosa sumamente mal vista y sentida entre el pueblo de Dios, de uno de cuyos miembros habia de nacer el suspirado Mesías; tomó Abrahan por esposa, de acuerdo con Sara, á su esclava Agar, de la cual hubo un hijo que se llamó Ismael.

Quiso Dios que más tarde Sara concibiese un hijo de Abrahan, hijo que se llamó Isaac, y de aquí surgió un conflicto entre las dos esposas y los dos hijos. Ismael, hijo primogénito habido con la segunda esposa, agravió á Isaac, segundogénito habido de la primera, y en la dura alternativa, Abrahan se decidió por su anciana consorte y por su prole.

Agar, la infeliz Agar, fué arrojada, juntamente con su hijo, de la mansion que debió creer suya, y sin auxilio alguno emprendió el camino del ostracismo, dirigiéndose al desierto de Bersabé, en donde la fatiga y la necesidad, la sed y el hambre, rindieron las fuerzas del jóven Ismael.

La desdichada cuanto inocente madre puso toda su confianza en Dios, y Dios la acudió en tan duro trance. Una inesperada fuentecilla calmó la horrible sed de los desterrados y una caravana que acertó á pasar por su camino les proporcionó los víveres indispensables para que no se extinguiera su último aliento. Agar é Ismael fueron salvos y el jóven moribundo del desierto de Bersabé fué con el tiempo el fundador de la poderosa raza de los ismaelitas, de que tanto se ha ocupado la historia.

La situacion de Agar y su hijo en el desierto se presta admirablemente para asunto de un cuadro, siempre que el artista se encuentre con aliento para abordarlo dignamente. Es uno de aquellos asuntos que hay que empezar por sentirlos antes de ejecutarlos y hacer esto con la sobriedad necesaria para que el hecho resalte cuan interesante es en sí. Estas buenas condiciones tiene el cuadro de Liska, en el cual apenas podríamos reparar que la figura de Ismael es quizás demasiado cadavérica, atendiendo á que la expresion de Agar no revela la desesperacion de la madre que ha perdido su última esperanza.

## A LA PUERTA DEL CONVENTO, cuadro por P. Thumann

El aventajado pintor, de quien hemos reproducido ya algunos trabajos en nuestra ILUSTRACION, ha trazado en este con su acostumbrada delicadeza, uno de esos cuadros tan

frecuentes en las pasadas épocas. Una pobre familia de músicos y danzantes italianos se presenta en su errante peregrinacion á la puerta de un convento solicitando la sopa distribuida por los buenos frailes, á quienes entretiene con los bailes y cantos de su país. La composicion de este sencillo trabajo es agradable y revela en todos sus detalles la experta mano del artista cuyas obras le han dado merecida fama.

## DESPUES DE LA NEVADA, cuadro por De Vigne

Hé aquí un cuadro cuya sola contemplacion hace que se busque involuntariamente un abrigo. El blanco manto de nieve extendido sobre todos los objetos, la desnudez de los árboles, el color plumizo del cielo que anuncia la reproduccion de la reciente nevada, y hasta los sombríos muros de la iglesia á donde acuden los vecinos á cumplir el precepto dominical, todo este conjunto causa frio. Si tal ha sido el propósito del autor, si ha querido que el exámen de su bien trazada obra nos hiciera recordar las cálidas brisas del verano en contraste con el cierzo glacial del invierno, á fe que lo ha conseguido plenamente.

## TESEO DANDO MUERTE AL CENTAURO, grupo en mármol por Canova

Entre las sombras confusas de los antiguos tiempos heróicos, rodeada de las confusas brumas del mito, aunque no exenta en absoluto de realidad, se destaca la figura de Teseo, hijo de los amores clandestinos de Egeo y de Ethra, émulo de Hércules y como éste gran perseguidor y vencedor de esos monstruos de que la poética imaginacion de los griegos pobló aquella tierra singular en que nació la civilizacion europea. Mucho debe esta á Teseo, pues despues de haber acabado con centauros y toda suerte de contrarios, fantásticos y no fantásticos, reinó en Atenas allá por los años 1323 ántes de la Era Cristiana y él fué quien dió el primer impulso á aquel pueblo que al poco tiempo habia de ser emporio de su tiempo y ejemplo de la posteridad.

Es, por lo tanto, Teseo uno de los tipos que más se prestan para simbolizar en su persona y en sus actos la inteligencia y la fuerza. Mas para que la fria piedra diga, y diga calurosamente, cuanto al artista plazca, es indispensable que este artista se llame Fidias en la antigüedad, Miguel Angel en la Edad media ó Canova en los tiempos modernos. A este último pertenece el grupo que publicamos, preciada joya del Jardín público de Viena y obra que puede sostener el parangon con las famosas de la época clásica del arte. Expuesta en Grecia, podria creérsela feliz herencia de algun escultor de su admirable siglo de oro: tanto dibujo, tanta pureza de estilo, tanta energía, tanta elegancia y tan severa factura resplandecen en ella.

El ilustre Canova nació en Possagno en 1747 y murió en Venecia en 1822: se le considera como restaurador del arte antiguo en Italia. Esculpió, entre muchas obras maestras, una estatua colosal de Napoleon I, representándole en actitud altamente amenazadora. Al verla exclamó el emperador:—¿Se figura Canova que yo conquisté los pueblos á puñetazos?

## LAS AVENTURAS DE UN MUERTO

Cuento fantástico

POR DON GASPAR NUÑEZ DE ARCE

Á MI AMIGO DON JUAN ANTONIO BIEDMA

Rescatando mi palabra empeñada, te dedico este cuento, el primero de una coleccion de fantasías, sueños, ó caprichos, como quiera llamárselos, que estoy escribiendo. Acaso te maraville el papel que en él representa el diablo y censures el carácter de mansedumbre, buena fe y abnegacion con que le hago aparecer en escena; pero habiendo creado Lesage diablos agradecidos, me ha parecido que tambien podria yo crear diablos henrados y bonachones.

Confieso ingenuamente que es difícil determinar el pensamiento predominante del cuento que te dedico; ni sé si es escéptico ó crédulo, ni sé lo que quiere probar ni lo que prueba, si es que prueba algo. Hijo de mi imaginacion; impresionable y veleidosa, participa de todo y es confuso torbellino de negaciones y afirmaciones, amarguras y consuelos que así puede hacer reir como llorar.

Algunas veces notarás en él poca propiedad de lenguaje; pero no es completamente mia la culpa. Para pintar con claridad estados del ánimo que podríamos llamar abstractos, he tenido precision de emplear palabras que, aun cuando materialicen demasiado la idea, son comprensibles para todos. Entre la propiedad y la claridad, no he vacilado un solo momento y he optado por la segunda, de lo cual no estoy arrepentido.

Tal como es, espero, con todo, que aceptes este cuento como la sincera expresion del cariño que te profesa tu afectísimo amigo.

NUÑEZ DE ARCE

I

—Bebamos, bebamos...  
—Dices bien. Llena las copas, y ¡bebamos!  
—La vida se acaba pronto, y es bueno gozar de ella.  
—¡Gocemos pues! Mañana descansaremos en el cementerio.  
—¿Quién os lo ha dicho? La muerte no es el reposo...  
—¿No?  
—No; y creedme, porque os lo dice uno que ha estado muerto.  
—¡Tú! Vamos, el vino se te ha subido á la cabeza.  
—Sois demasiado incrédulos. ¿Quereis que os cuente la historia de esta horrible cicatriz que desfigura mi rostro?  
—Sí, ¡cuéntala!  
—No hagas caso de ese beodo, y déjate de cuentos. ¡A beber!

—Como queráis. Deseaba hablaros de aquellos tiempos en que estuve muerto, de aquel paréntesis misterioso de mi vida....

—Pues habla y bebe...

—Sí, sí....

—¡No! ¡no!

—Tú calla y duerme.

—Puesto que os empeñais, empiezo mi historia. Resignado, si no tranquilo, vivia yo en Granada, escribiendo versos y enamorando andaluzas, cuando la maldita ambicion me trastornó el cerebro; dióme, por soñar con coronas de laurel, con Napoleon y Byron, y sin más ni más hice mi maleta, me escapé de la casa paterna y dí con mis huesos en la corte, donde pensaba encontrar ancho teatro para mis glorias. Entré en Madrid con cincuenta duros en junto y un millon de esperanzas, falto de amigos y recomendaciones; mas sin apurarme por nada ¿quién se apura á los veinte años? instaléme en una fonda ostentosa, y me propuse vivir como si tuviese todas las noches un ángel de la guarda en figura de media onza, velándome el sueño. Yo estaba entonces bien vestido. Tenia, además de las prendas necesarias para presentarme convenientemente en las reuniones más aristocráticas, varias joyas de algun valor, entre otras, un par de gemelos de brillantes, que habia heredado, y un magnífico reloj de oro, con cadena y dijes, regalo de un tío mio, canónigo en la santa iglesia catedral de Granada. Cualquiera, pues, viendo mi porte, habria podido tomarme por el hijo de un grande de España, ya que no por uno de esos príncipes que ahora se usan, y están siempre visitando las cortes de Europa de incógnito.... *conocido*.

Dejadme llorar sobre las ruinas de mi elegancia perdida, hoy que puedo salirme, sin tropezar en los bordes, por los agujeros de mi capa!

Pero prosigo. La vanidad, que habia sido el móvil de mi escapatoria, se empeñó en perderme y se salió con la suya. Marchaba yo por las calles de la coronada villa con la cabeza erguida, la mirada altanera y el paso majestuoso y lento, como diciendo á cuantos se cruzaban en mi camino:—Paraos y admirad, que no siempre se os presentará tan buena ocasion.—Ociosos me parece advertiros que nadie reparó en mí, ni me *comprendió*, lo cual no es extraño, porque tampoco yo me comprendia, y que en estas bienandanzas del amor propio, di fin á mi último real sin haber realizado la última de mis ilusiones.

¡Cuánto echaba yo de ménos en mi solitario aislamiento, á medida que iba sintiendo los estragos de la pobreza, las frases cariñosas de mi tío el canónigo y de sus contertulios, aquellas frases que penetraban hasta lo íntimo de mi corazón, como animándole para mayores empresas! Ya no oia decir á mi alrededor: «Este chico promete. La verdad es que mi sobrino tiene muchísimo ingenio, y que, si no se malogra, llegará á ser honra de su familia y de su patria.»

Ya no veia á mi madre llorar y reir de gozo, siempre que escuchaba mis alabanzas.

Ni á mi tío esponjarse de alegría. Ni á mis hermanas.... pero, adelante!

Segun creo haberos dicho, mis ilusiones duraron poco, desvaneciéndose tan rápidamente como los juramentos de amor, que se olvidan á los breves dias de haberlos prestado. Escribí varias poesías lacrimosas en que agoté todos los sentimientos de mi alma desengañada y abatida, y las publiqué en un periódico semanal de literatura, que leíamos sólo sus redactores. Y como cada dia iba estrechándome más el círculo de hierro de la necesidad, pretendí ver si para remediarlo, vendia una novela romántica, *El jorobado*, que habia compuesto en mis horas de decepcion; mas fueron infructuosos cuantos pasos di en busca de editor, hallándome al cabo de dos meses de inútiles tentativas, lleno de manuscritos y deudas, con mucho genio, al decir de las gentes, pero sin una peseta.

Para colmo de desgracia, el amor, ese diablo jugueton que se divierte en turbar el sosiego de los mortales, encendiendo lo mismo la sangre del adolescente que la del viejo, se apoderó con violencia incontrarrestable de mis sentidos. Yo que habia resistido las miradas de fuego de mis apasionadas paisanas, rendíme á la celeste dulzura de unos ojos azules y quedé preso en las hebras de unos cabellos rubios, como las espigas de trigo doradas por el sol. ¡Qué encantadora era Elena! Figuraos un ángel, aéreo como la ilusion naciente, bullicioso á veces como la primera brisa de mayo y á veces melancólico como una despedida.... Pero no os figureis un ángel, sino un demonio. Aquel vaso tan maravillosamente cincelado, hecho para ofrecer el néctar á los dioses, sólo encerraba veneno; aquel cuerpo tan celestial no tenia un alma que le animara: era orgullosa y seca; amaba sólo la vanidad y el fausto; preciábase de hermosa, y estimaba más una adulacion que una caricia. ¡Cuántos dolores me hizo sufrir aquella mujer que no valia siquiera una lágrima! ¡Verdad es que una lágrima, si brota del corazón, vale tanto!

Ya no era yo el jóven elegante y presuntuoso de otros tiempos; la escena habia cambiado del todo. Mi reloj y mis mejores trajes estaban empeñados, y no conservaba de mi antigua opulencia más que un gaban raído, unos pantalones con fleco y un sombrero blanco.... pero ¿á qué hablaros de mi sombrero? ¡Hay memorias que parten el alma! Podeis imaginaros, sin que os lo diga, cuán escasa impresion causaria yo con semejante facha en el ánimo de mi idolatrada rubia. Abramóme á desaires que soporté con la paciencia de un enamorado, la más elástica de todas, y últimamente puso entre los dos un abismo insondable; puso un par de charreteras: se casó con un capitán.



¡Qué odio cobré entonces á la milicia!  
Durante los primeros días, bajo el penoso recuerdo de la ingratitud de Elena, la sola aparición de un soldado excitaba mis nervios, haciéndome llegar al paroxismo de la ira.

Luégo fué lentamente extinguiéndose mi rencor; después miré al ejército sin prevención alguna, y acabé, en fin, por tener lástima de los capitanes....

Esto hace el elogio de Elena. Pero no anticipemos los sucesos.

Cuando llega un mal, nunca llega solo. El desengaño de mi amor, el agotamiento de mis últimos recursos y la censura de un folleto que había impreso por mi cuenta, escrita con hiel y vinagre por un crítico á quien regalé el único ejemplar que había salido de la librería, me sorprendieron de golpe. Vuestras conciencias crapulosas no son capaces de apreciar la inmensa angustia que se apoderó de mí; por espacio de dos días estuve como loco, y no cruzaron por mi mente sino ideas de exterminio y venganza. Arrastrado por la violencia de mi resentimiento, entré en casa de mi dulce enemiga, resuelto á culparla por su inicu proceder; pero no bien se fijaron mis ojos en su deslumbradora hermosura, cuando olvidé mis proyectos y sólo tuve fuerzas para llorar delante de ella, como un niño. Elena, que no pecaba de sensible, se burló cruelmente de mi debilidad; los celos, sin embargo, avivaron de nuevo las mal apagadas cenizas de mi cólera; mas cuando ya repuesto de mi flaqueza, iba á increparla como se merecía, señalóme orgullosamente la puerta, poniéndose con la mayor imperturbabilidad y desenvoltura á tocar la marcha real en el piano. Apenas tengo derecho á quejarme: ¿no era esto despedirme régiamente?

Es verdad que yo, herido en lo más profundo de mi alma, en mis ilusiones de hombre y en mis esperanzas de poeta, era un rey destronado. Pero, ¿quién hace caso, en estos tiempos escépticos y calamitosos, de los reyes sin corona?

—¿Y qué hiciste después de esta aventura?  
—¿Qué hice? Sabía yo que la embriaguez es buena amiga, algo inquieta, pero leal, y me propuse ahogar mis penas en alcohol. Con este intento, entré en un café, de donde era parroquiano asiduo, ó mejor dicho, deudor impenitente; atravesé, huyendo del bullicio, el salón principal del establecimiento y me refugié en un gabinete apartado y reducido, que sólo frecuentábamos unos cuantos amigos de la *bohemia* literaria.

Hostigado por mis desesperadas ideas, dejéme caer en una banqueta, confuso y abatido, sin reparar en un hombre misterioso, extraño á nuestras habituales reuniones, que estaba á la sazón tomando una copa de ajenos en la mesa inmediata.

—¡Mozo!—grité dando una fuerte palmada en la tabla de mármol,— tráeme pronto ron, aguardiente, marrasquino, lo que quieras.

A los pocos minutos estaba ya servido. Entonces empecé á apurar copa tras copa con verdadera ansia, no parando mientes en el desconocido, que, desde que entré, no había apartado sus ojos de mí, observándome con curiosidad mal disimulada.

No tardé mucho, con mis continuas libaciones, en ponerme alegre como escolar en día de asueto. Comencé á hablar solo con la volubilidad del borracho; renegué del amor; escarnecí á la sociedad, y los licores me hicieron confesar que no había en el mundo quien valiera lo que una buena botella de ron.

¡Qué filosófico estuve entonces! En aquella ocasión fuí profundamente escéptico; comprendí toda la pequeñez de los ensueños de la vida, burléme de la ambición, de la amistad, del alma, del cielo... y de todo esto deduje que Byron debía embriagarse muy á menudo.

—La mujer vale bien poco,—recuerdo que dije entre otras muchas sandeces.—Nace sólo para reirse del hombre....

—Méno vale el hombre,—exclamó sonriendo el desconocido,—pues nace para que se rian de él.

—Tienes razon,—repliqué con acento trémulo, haciendo inútiles esfuerzos por levantarme de la banqueta en donde ya estaba más tendido que sentado.—Tienes razon. ¿Quieres beber? Bebe...

—No.  
—Bebe ó reñimos,—añadí con aire ridículamente grave.

Mi interlocutor se aproximó á la mesa, llenó de ron una copa y la apuró de un solo trago.

Entonces reparé en él. Era un hombre extraordinario, cuya edad habría sido difícil calcular con acierto. Parecía á la vez jóven y viejo, robusto y débil, atrevido y tímido: el brillo siniestro de sus negros ojos, en donde la juventud bullia, contrastaba por extraño modo con el color plateado de su bigote y lengua cabellera, erizada como la hirsuta piel de una fiera enfurecida, y su aspecto sombrío contrastaba con la sonrisa burlona que vagaba en sus labios apretados y lívidos.

A pesar de mi estado, la presencia de aquel personaje singular me impuso. Veíanse impresas en su rostro las huellas de un crimen ó de un infortunio:— acaso de ambas cosas á la vez,—y su mirada era tan penetrante y fria como la punta de un puñal. La pena y la resignacion, el remordimiento y la ira, el genio y la impotencia, todas cuantas grandezas y torturas caben en el corazón humano, se reflejaban al mismo tiempo en aquella fisonomía expresiva y amenazadora, animada y doliente...

—¿Quién era?

—¿Seria el diablo?

—El mismo, señores, el mismo. Pero dejadme proseguir, y no me interrumpais á cada momento.

—Jóven,—exclamó fijando en mí su vista fascinadora,—te he oido negarlo todo, y me has dado lástima. Eres hijo legítimo de este siglo incrédulo que, segun el Evangelio, tiene ojos y no ve, tiene oídos y no escucha, marcha y niega el movimiento. Concibo que en las edades bárbaras, cuando el hombre, oprimido por el peso de su miseria intelectual y física, vegetaba indolente y sufrido bajo el látigo de las mayores tiranías, dudase de todo, de la finalidad de su destino para él incomprendible, hasta de sus propias fuerzas; pero ahora vuestras dudas son una blasfemia. ¡Ojalá fuesen verdad!

Yo le miraba atónito; su frase inspirada y ardiente resonaba en mi corazón como un versículo bíblico, subyugándome, á mi pesar, aquel hombre misterioso que parecia consumido por el fuego de la fe y la fiebre del pensamiento.

Sin embargo, animado algun tanto por mi creciente embriaguez, me aventuré á decir con acento sarcástico y presuntuoso:

—¡Vamos! El doctor Pangloss vive aún para regocijo del género humano.

(Continuará.)

## ¿QUIÉN ERA EL DOCTOR X?

CASO

(Literatura del porvenir)

I

¿No habeis visitado nunca el Tirol?

Entonces no conoceis las bellezas del paisaje más que por referencia.

Porque aquellos valles, aquellas montañas, aquellos despeñaderos... y luégo, las estrechas gargantas, los ventisqueros, los aludes, las nieves eternas, las cabañas aisladas en medio de los Alpes, donde gentiles zagalas os ofrecen hospitalidad... todo eso, todo eso, si no hiciera tanto frío...

De manera que, volviendo á nuestra primera pregunta, es muy de sospechar que la mayor parte de nuestros lectores ni ha estado en el Tirol, ni se ha electrizado ante tan salvaje hermosura.

Pues bien; otro tanto acaece al que estas líneas escribe; jamás estuvo en el Tirol; se lo figura; hé ahí todo.

Trasladémonos, pues, con la imaginación á un delicioso valle que bautizaremos con el nombre de «Bachthal.»

Venid y extasiaos con la pintura del paisaje, si amais las bellezas naturales, ó pasad por alto los párrafos siguientes, si os abruma las descripciones.

El verdadero Tirol, el Tirol característico es el del Norte; allí se habla el alemán sin mezcla, allí queda todavía y quedará por mucho tiempo multitud de residencias feudales, restos vivos de épocas que pasaron, quién sabe si para volver, quién sabe si para no volver, pero seguramente para uno de ambos extremos.

Bachthal está situado en el Tirol del Norte y se extiende al pié de una colina de suave pendiente; esta colina se halla á su vez en la falda de una montaña, ésta en la de otra, y así sucesivamente, hasta que se pierde la cuenta, viendo desaparecer cumbres y picos en el horizonte.

Volvamos á la aldea.

Sus casas, (no incluímos las cabañas) son de pura arquitectura local: su cómodo piso bajo; su piso superior con el espacioso balcon que abarca todo el frente; su tejado con los aleros en declive hacia los costados; su gallarda chimenea.... ¿A qué cansarnos? ¿Quién, como estas, no ha hecho en su infancia casitas de carton?

Cinco grupos, formados de un número relativamente grande de chozas, constituyen el pueblecillo, por cuya mitad serpentea un riachuelo que desciende de la colina, arrastrando por entre guijas el agua más pura y cristalina que pueda imaginarse.

En algunos parajes, el riachuelo adquiere cierta profundidad, y allí, algunas tablas rústicamente dispuestas forman un puentecillo, que no siempre es seguro atravesar.

Por fiarse del poco sólido puentecillo, vióse más de una vez dar un soberbio chapuzón á alguna garrida tirolesa, de las de robusta pierna y pié... ¡oh! dicho sea en conciencia, deforme.

Pero ¿á qué extendernos en descripción más minuciosa? El lector ya nos comprende ó nos adivina; trátase de una de las más lindas y pintorescas aldeas del Tirol septentrional. Hablemos ahora de otra cosa.

II

Lord Waker era hijo de una de las más nobles, antiguas y ricas casas de Yorkshire, Inglaterra.

Todas las ventajas que pueden proporcionar un nacimiento ilustre, una esmerada educación, una bella figura, y sobre todo, un capital inagotable se reunían en el jóven lord.

Sin embargo, ¡increíble parece! el jóven lord era muy desgraciado.

Observóse que, apenas cumplió los veinte años, la sonrisa desapareció de sus labios, su marcha se hizo lenta, su

actitud melancólica, perdió el apetito, aficionóse á los sitios y paseos solitarios, y apenas había en el mundo cosa que atrajera su atención.

Verdad que esta enfermedad era de raza. Desde los tiempos de Enrique VII en que comenzó á florecer la familia Waker no había ejemplar de uno de sus miembros que hubiese dejado de morir víctima de un suicidio más ó ménos original.

Uno había hecho incendiar el castillo en que residía para morir entre las llamas con toda su servidumbre; otro, dejándose aplastar por la carroza real el día de la coronación de Enrique VIII, un tercero, rompiendo los diques que detenían las aguas del Támesis en una de sus heredades de los alrededores de Lóndres, para perecer ahogado abrazado á su perro favorito.

Todos, como se ve, suicidios sonados, llenos de originalidad y dignos de la noble casa que los perpetraba.

Hagamos constar que siendo tan larga la lista de lores suicidas en la casa de Waker, ninguno de ellos llevó á cabo este acto trascendental y postrero de su existencia sin dejar previamente asegurada sucesion masculina que continuase la tradicion de la familia.

El suicidio de un célibe hubiérase tenido á deshonra; hé ahí por qué no se suicidaba nuestro jóven lord.

Por eso era tan desgraciado. No le quedaba otro recurso que casarse y tener un hijo varon para poder suicidarse con tranquilidad.

Pero lord Waker era muy jóven; se le hacia preciso aguardar á los veinticinco años, edad en que se casaron sus progenitores, para casarse á su vez, porque en ese país tan exuberante de progreso, que se llama el «reino unido de la Gran Bretaña» todos se creen todavía en la obligacion de hacer lo que sus padres hicieron.

Atrevámonos de paso á asegurar que suelen cometer soberbios disparates.

Los médicos, para distraer el hastío de lord Waker, sólo encontraban una medicina: viajar.

III

Veán mis lectores por qué lord Waker llegó á la aldea de Bachthal una hermosa mañana de verano.

Hacia dos años que viajaba por Europa sin resultado alguno satisfactorio para su salud.

Ni la hermosa Francia, ni la risueña Italia, ni la histórica Grecia habian conseguido distraer sus melancolías.

Paris ardiendo en fiestas, Roma y Atenas rebosando recuerdos; Nápoles, Venecia, Milan, cunas y asientos del arte bello, no le habian arrancado un éxtasis, una sonrisa. ¿Podía, en buena lógica, esperarse de la aldea de Bachthal lo que no consiguieron las mejores poblaciones de Europa?

Eso es lo que vamos á ver.

Al oír el chasquido de un látigo, que denotaba la proximidad de una silla de posta, el pueblo entero se agolpó hacia el punto donde sonaba.

El pueblo estaba reducido en aquella hora á los ancianos, los niños, y algunas mujeres que atendían á unos y otros; el resto, incluyendo las mozas, se hallaba en las montañas desempeñando sus tareas.

—¡Dios mio!—exclamó el jóven lord, apenas se hizo cargo del personal;— aquí me moriré de tedio sin recurrir al suicidio; ¡ni una muchacha!

Es de advertir que lo único que le arrancaba un tanto de su apatía, era el bello sexo.

—¡Nada!—continuaba fijándose en los habitantes,— viejos, chiquillos, viejas, jamonas de mal ver... pero ¡cielos, que veo! ¡linda zagala, linda zagala!

Y el jóven lord se frotó las manos con cierta fruicion relativa contemplando á la encantadora Marta Spiegel, niña de diez y ocho años, imán de los mozos de la comarca y orgullo de su padre, que era el más rico traficante en ganados á la redonda.

Por eso, por la desahogada posición de su padre entendiéndose, la linda Marta no iba como las otras zagalas á trabajar el queso ó á guardar rebaños en alguna aislada choza.

Por eso tenia cierta instrucción que debia al párroco de la villa vecina, y vestia como las de la dicha villa.

¿Me detendré á detallar su retrato?

No; bastará decir que era blanca, rubia, ojos azules y tan gallarda y bien proporcionada que el jóven lord no se cansaba de murmurar:

—¡Gentil zagala, gentil zagala!

Pero ¿qué velo de tristeza y de melancolía hallábase extendido por el celestial semblante de Marta Spiegel?

¡Ay! Es que Marta era tambien muy desgraciada.

—¿Y por qué era tan desgraciada?—ocurrirá preguntar.

—¿Algun amor no correspondido?—Imposible.

—¿Disgustos domésticos?—Jamás.

—¿Entonces?...

Paciencia, que no hemos de terminar la narración sin referirlo.

«Los que sufren se entienden fácilmente,» ha dicho un mediano autor español en un drama muy malo que obtuvo un éxito muy bueno.

El jóven lord y la jóven aldeana se vieron y se comprendieron.

—Esa chica sufre,—pensó el lord.

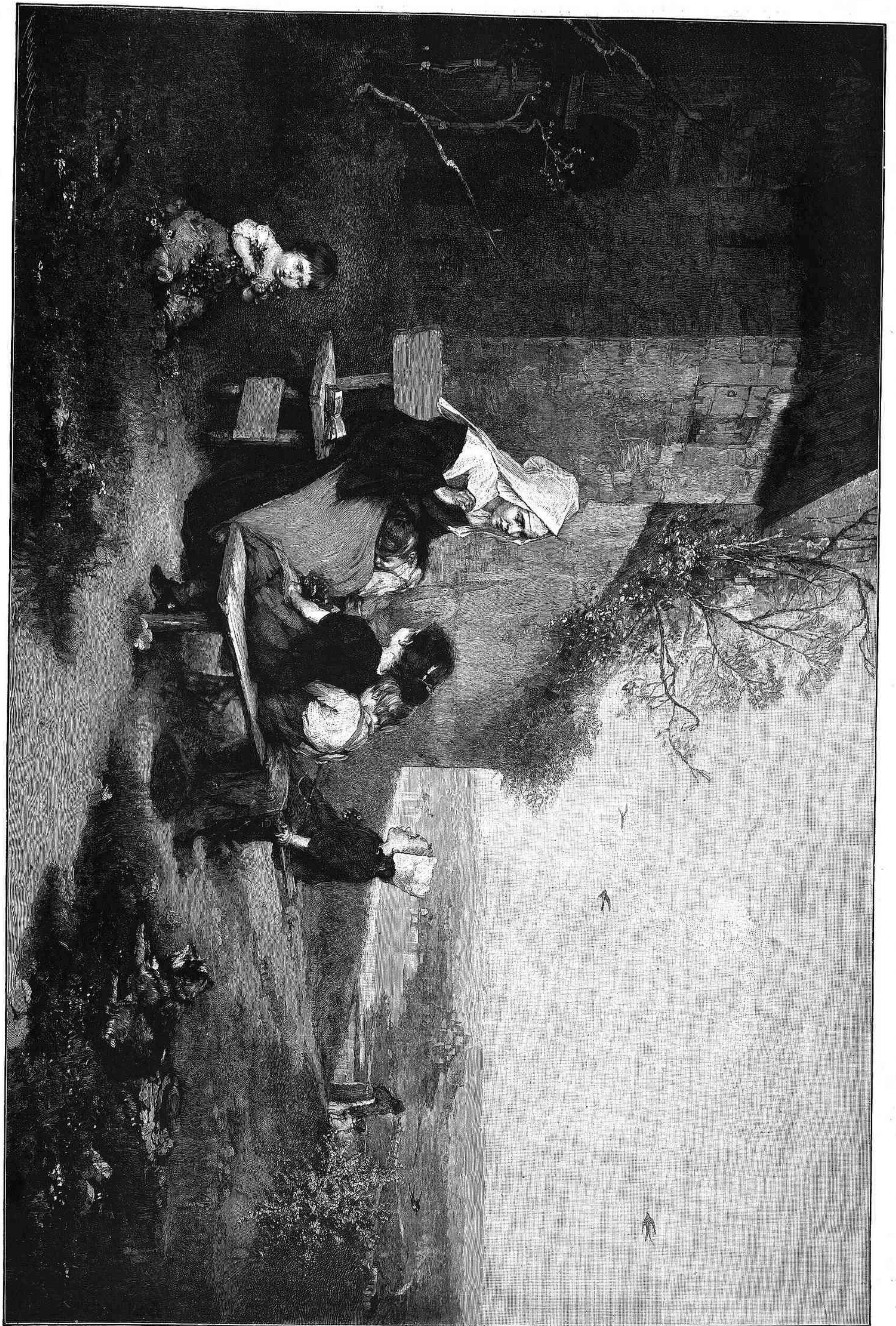
—Me parece,—meditó la chica,—que está algo triste ese inglés.

Porque á los ingleses en todas partes se les conoce la nacionalidad á primera vista.

Entonces separaron sus miradas con tristeza.

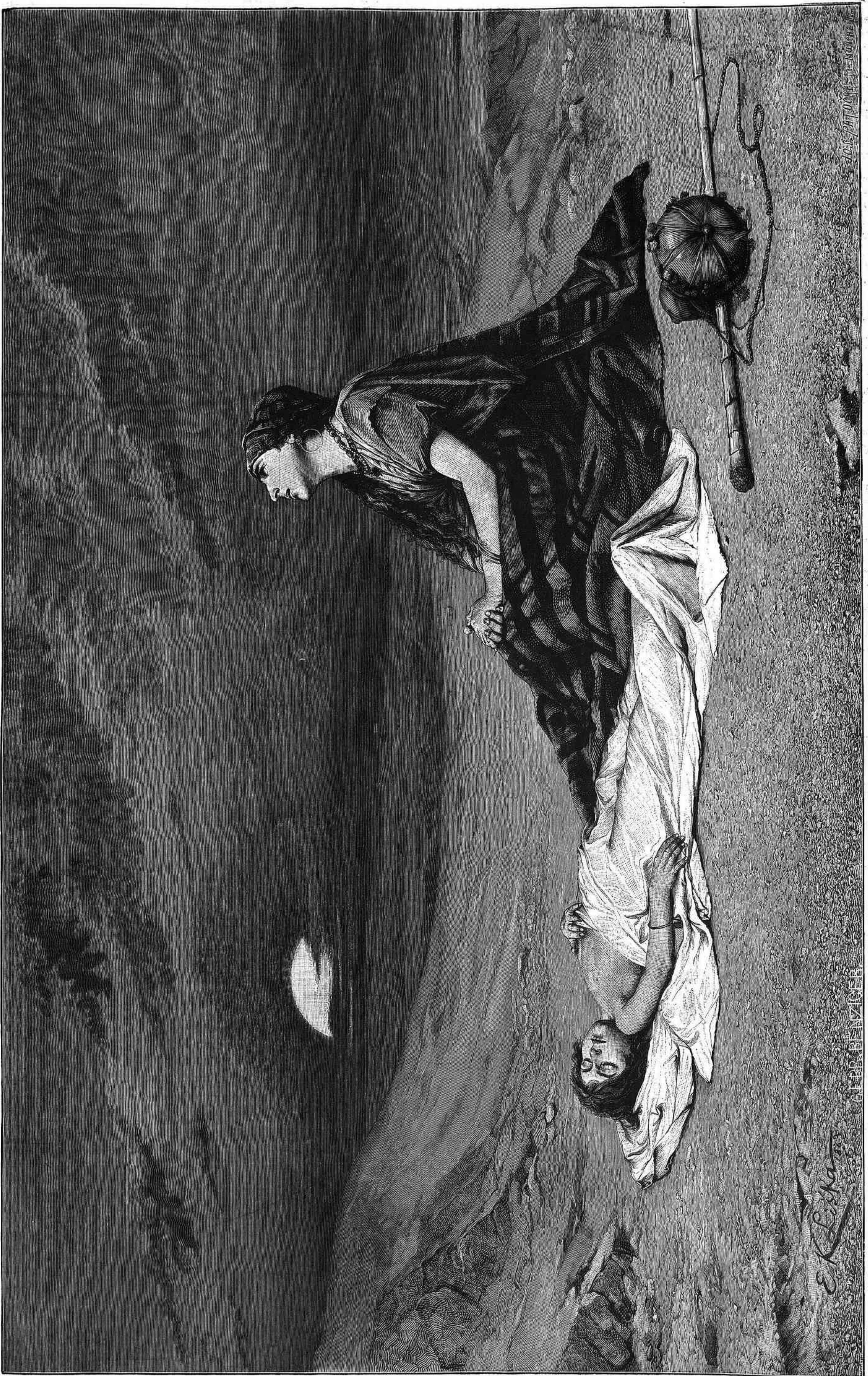
—¡Qué lástima, no poder amar!—suspiró el inglés.





CUENTOS





AGAR É ISMAEL EN EL DESIERTO, cuadro por E. K. Liska



Y desapareció con lento paso dentro del Wirthaus, (posada de la aldea) donde con anticipación había mandado preparar su cuarto.

¿Y ella?

Ella le vió desaparecer, y una leve sonrisa contrajo sus labios.

—¡Qué sombreros más originales usan estos ingleses!—murmuró.

Y era que lord Waker había tenido el capricho de conservar un sombrero en forma de esportilla estropeada.

¿Se amaban ya el lord y la aldeana?

¡Qué diablos habían de amarse!

#### IV

Se habían llamado la atención, que es en cambio parte muy esencial para amarse, en la imposibilidad de concebir una pasión hacia persona totalmente desconocida.

Al día siguiente, ya descansado de las fatigas del viaje, paseaba el joven lord á orillas del riachuelo, abstraído en mil meditaciones, cuando de súbito, vió en las límpidas aguas retratada la melancólica imagen de Marta pensativa.

Entonces exhaló un grito ligero, que arrancó á su vez de sus abstracciones á la joven aldeana, cuyas mejillas se colorearon de repente.

Lord Waker, que era desmesuradamente largo de piernas, saltó el arroyo, y colocándose al lado de Marta, le dirigió en inglés un largo y comedido cumplimento con sus puntas y ribetes de pipopo. Lord Waker ignoraba el alemán.

La joven contestó sencillamente:

—Ich verstehe nicht. (No comprendo).

El inglés era desconocido para Marta.

No había, pues, medio de entenderse.

El joven colocó su mano sobre su corazón y lanzó un suspiro.

La joven le miró melancólicamente, y después volvió al cielo sus divinos ojos.

Luego se hicieron un respetuoso saludo con la cabeza y se separaron en opuestas direcciones.

—Realmente es muy guapa esa chica,—murmuraba el lord.

—¡Si reformase un poco ese endiablado sombrero!—suspiraba ella.

¿Se amaban ya?

Todavía no, señor, todavía no.

#### V

Un medio, ó mejor dicho, dos medios había para que se comprendiesen lord Waker y la linda aldeana.

Era el uno que el joven aprendiese alemán.

Otro que la joven aprendiese inglés.

Pero ambos medios exigían para plantearse un tiempo relativamente largo.

Lord Waker, no obstante se colocó bajo la dirección del Wirth ó posadero, que conocía medianamente el inglés, para soltarse en el idioma del país.

Interin, veíanse todos los días, á la misma hora, en el mismo sitio, y el amor, que entiende todos los idiomas, comenzó (¡gracias á Dios!) á apoderarse de sus tiernos y vírgenes corazones.

Ora se contemplaban en silencio largo rato, exhalando sendos y lastimeros suspiros.

¡Ya se ve! ¡Ambos eran tan desgraciados!

Ora cansados del molesto mutismo, expresaban, cada uno en su patrio idioma, los sentimientos de su alma.

Él le pintaba ardientemente su pasión, le daba á entender, pronunciando las pocas palabras alemanas que conocía, cuántos eran sus esfuerzos para llegar pronto á hacerse comprender.

Ella, que iba aficionándose á aquel extraño idioma de gestos y voces nunca antes oídas, expresábase, como mejor podía, que se hallaba dispuesta á corresponder á su afecto si eran honestos sus fines; rogábase además que desechase aquel ridículo sombrero tan poco á propósito para su fisonomía.

Para mejor inteligencia, señalábale la cabeza, y él, creyendo que le invitaba á cubrirse, se calaba la funesta capachuela que destruía todas las ilusiones de Marta.

Anublábase entonces la frente de la joven, abreviaba la entrevista y volvían á separarse siempre con la eterna y respectiva melancolía.

#### VI

Habían transcurrido dos años.

Lord Waker, no obstante, conocía sólo del alemán lo suficiente para decir *si señor, buenos días, buenas tardes, y la sopa es excelente*, frase que con preferencia le hacía repetir el posadero.

Por otra parte, de resultados del poco uso, había concluido casi por olvidar su propio idioma, y no seríamos muy exagerados asegurando que lord Waker comenzaba á ladrar.



Á LA PUERTA DEL CONVENTO, cuadro por P. Thumann

Convengamos por lo ménos en que era difícil ser más torpe.

En cambio, hacia progresos extraordinarios en el lenguaje del amor, tanto, que sólo á puras ojeadas y algún que otro codazo sostenía interminables conversaciones con la joven Marta Spiegel.

Pero siempre la misma tristeza, igual abrumadora melancolía de una y otra parte.

Entonces, en el período álgido de aquellos amores, llegó á Bachthal el eminente y popular Dr. X.

¿No conocéis al ilustre y humanitario Dr. X?

¡Cómo! ¿Habrá en el mundo quien desconozca su ciencia maravillosa y su sublime desinterés?

El Dr. X. atravesaba el Tirol como un enviado del cielo derramando la salud y el bienestar donde quiera que posaba su planta.

Ninguna dolencia, ni la más leve indisposición de cuantas afligen al sér humano se resistía á sus admirables específicos.

¡Qué hombre, qué hombre el Dr. X.!

La fama de los amores é hipocondría de la pareja de Bachthal, había atraído á aquella aldea donde le vemos surgir como una aparición la tarde del 14 de abril de 187... junto al arroyo y aproximarse decididamente á los amantes.

Pareciéndole sobrado á lord Waker el atrevimiento del extranjero, con lengua turbada por la cólera, preguntóle con lo poco que le quedaba de idioma racional, quién le metía en ajenas conversaciones.

El Dr. X. le miró con subyugadora dulzura, volvió su vista después á Marta, y dirigiéndose á cada uno en su lengua, les dijo:

—Vengo á hacerlos felices; tomad.

Y tendióles un frasco, del que bebieron á sus repetidas instancias.

A los pocos días eran realmente felices. ¿Qué había sucedido?

#### EPILOGO

Hé aquí el final de un artículo publicado en H. (Estados Unidos) en el acreditado periódico «The H. Medical Gazette»:

.....«Para terminar la extensa relación de las admirables curaciones de este hombre sin par, mencionaremos el resultado obtenido en la aldea de Bachthal (North Tyrol) en las honorables personas del lord Waker, y una joven aldeana convertida hoy en esposa del lord.

»Un solo frasco de su extraordinario específico bastó para favorecer la expulsión de 57 varas de lombriz solitaria (Thenia) que albergaba el primero, y 24 que poseía la segunda.

»La felicidad largo tiempo desterrada de sus jóvenes almas volvió desde entonces á sonreír á la enamorada pareja, etc., etc.»

Es fama en efecto que sólo tres años después, y tras de haber alcanzado sucesión masculina, cumplió lord Waker su proyecto de suicidio.

En cambio, lady Waker quedó por este medio poseedora de una renta de 18,000 libras esterlinas.

Pero ¿y el hombre humanitario, el extraordinario Dr. X.?

¿Quién era el Dr. X.?(1)

Por la casa anunciadora

CASTO VILAR

(1) Los señores facultativos que deseen ver aparecer sus nombres como contestación á esta pregunta en las ediciones sucesivas podrán dirigirse con las señas necesarias á la casa anunciadora Lemmor, Saud y C.ª 158 Mainstreet.—Nueva York.

No se admiten proposiciones por ménos de 15 libras esterlinas.

#### LA CAJA DE ALEROE

(Conclusion)

»Perdóneme V. la precipitación de mi viaje, que parece una fuga; he temido no tener fuerzas para resistir á los ruegos de V.

»Usted sabe dónde encontrarme. Amalia y yo le recordaremos incesantemente. Su corazón de V. que está indulgente, disculpará y amará siempre, lo espero, á su desgraciada sobrina.—Luisa.

»P. D. No se atormente V. buscando los móviles de la conducta de... El me desprecia... Dios sabe por qué... O, lo que es más verosímil, ama á otra.»

—¿Dónde va? ¿qué camino ha tomado?—exclamó Federico impetuosamente...

—¿Deberé decírselo á V.?—preguntó el Barón conmovido por la violenta emoción del joven.

—¡Ah! Señor—dijo Federico sollozando y estrechando convulsivamente las manos del Barón,—dígamelo por Dios! se trata de mi vida.

—Y de la suya tal vez—murmuró el Barón.—¿Está V. seguro de vencerla, de hacerse perdonar?

—Estoy seguro, me lo dicta el corazón... ¡Oh! Señor, vamos, vamos sin perder un momento.

#### CONCLUSION

#### XXI

Medio año después recibí la siguiente carta.

«Mi querido Juan:

»He recibido tus cartas; no me exijas respuesta y tenias razón.

»Ahora que mi felicidad creciente no participa del febril arrebato de los primeros tiempos, experimento una satisfacción en contarte de qué modo he tocado por fin la meta de mis deseos. Sólo ha faltado á mi expansión el que tú y ese loco de Manuel, que á pesar de sus extravíos es bueno y me quiere, hubieseis asistido á mi boda.

»Luisa, mi hermosa y buena Luisa, corría como Ariadna fugitiva por el camino de Extremadura en una prosáica silla-correo; pues afortunadamente aún no hay ferro-carril en esta línea; el Barón y yo, prodigando el oro, como en las novelas, la seguíamos en una silla de posta.

»La alcanzamos en Cáceres.

»¡Qué escena, querido Juan! Me arrojé á sus plantas llorando; ella me rechazó fría y severa como Desdémona á Yago. Yo insistí, siguiéndola de rodillas; la pasión me dió una elocuencia Castelarina.

—Sea—dijo mi adorada;—levántese V., yo le perdono.

—Sí, pero eso no basta—insistí besando amorosamente sus manos.

—Usted ha comprometido mi reputación; por esto sólo consiento en ser su esposa; acepto una reparación, pero no el amor conyugal ¿se resigna á estas condiciones?

»Todo esto era muy duro, pero no titubé: confiaba en el porvenir, en el buen corazón y en la clara inteligencia de Luisa.

»Nos casamos en Cáceres y fuimos á pasar la luna de miel en una casa de campo rodeada de una extensa huerta, en donde Amalia esperaba que su seductor, el fiero comandante Medina, la rehabilitase á los ojos del mundo.

»Este ha cumplido como hombre honrado; Amalia es ya feliz; tienen un hermoso niño que ha sacado las dulces facciones de su madre y los ojos saltones de su padre.

»Cuando el comandante se llevó á su esposa á Sevilla, en donde está de guarnición, yo propuse á Luisa un viaje á Italia. Tú sabes que desde tiempo inmemorial deseaba visitar la patria de los dioses, de los héroes y de los artistas.

»Luisa accedió. Visitamos las primeras poblaciones; estuvimos en Pisa la marmórea, en Génova la *supervia*, en Florencia la encantada, en Nápoles la indolente, en Venecia la romántica y por fin dimos con nuestros huesos en la Ciudad eterna.

»Durante esta peregrinación, mi dicha fué incompleta. Luisa, aunque amable y complaciente, se mostraba retraída para conmigo; no la creía capaz de tanto tesón. Los rayos de la luna de miel sólo proyectaban su luz sobre mí. Yo, siempre rendido y amoroso, dejaba obrar al tiempo; pero este se pasaba y cada día echaba de ménos las mutuas expansiones de amor en el matrimonio.

»Parecía que un ángel invisible, armado de una espada de hielo, me vedaba la entrada en el corazón de mi mujer. Las almas rectas tienen sus inconvenientes; son delicadamente rencorosas; hechas de sutil filigrana, si se las descomponen una pieza, se necesita mucho tiempo y una mano muy segura y muy diestra para volverlas á su pristino estado.

»En Roma alquilamos una villa, *villa Arezzo*, situada casi á las puertas de la ciudad. Esta gustó mucho á Luisa, que tiene organización de artista, y determinamos residir aquí una larga temporada.

»Al cuarto día de estancia en la ciudad ilustre, á la hora del crepúsculo nocturno, entramos en la basílica de San



Pedro. Un dicharacho vulgar afirma que *Roma veduta fide perdua*; solemne mentira; sólo en Roma, y en aquel grandioso templo se comprende á Dios. ¿Qué tiene que ver lo infinitamente grande, con las flaquezas y miserias de los hombres?

»La basilica resume todas las maravillas del cosmos y todo el trabajo de la humanidad. Si se alzan los ojos á los techos, que parece como que *se pierden en la eternidad*, según la feliz expresion de un poeta, la imaginacion se los finge tachonados de estrellas: los altares se asemejan á montañas primorosamente labradas, y las columnas á escalas de Jacob para ascender al cielo.

»¡Desdichado el corazon que allí se sienta ateo!

»Luisa oró con recogimiento. Al salir del templo, me dió el brazo sin pronunciar ni una palabra. Quizá reconcentrada en sí misma, seguía con el pensamiento pidiendo luz para la inteligencia y guía para el corazon, como lo habia hecho en sus oraciones.

»Mientras volvíamos á pié á nuestra morada, noté que se arrimaba más á mí y que su mano se posaba con más fuerza que de costumbre sobre mi brazo.

»Después de comer me salí al terrado de la villa á fumar un cigarro. La noche estaba hermosa, la brisa caliente de la primavera me traía el olor de las veredas y tomillos de la campiña romana.

»De repente of crujir la falda de un vestido; ese ruido tan atractivo para el hombre enamorado.

»Luégo se proyectó una sombra en la penumbra de la pared próxima á la ventana que estaba á la izquierda del terrado, y sentado, como yo estaba, sentí dos manos que se posaban en mis hombros, el cosquilleo de un bucle sobre mis mejillas, y por fin un beso en mi frente.

»Era Luisa.

»Aquella expansion inesperada me sorprendió; nunca Luisa habia sido la primera en acariciarme.

»¿Qué milagro es este, bella desdenosa? —dije poniéndome en pié—¿á quién debo tan inaudita felicidad?

»En primer lugar á Dios—me contestó haciéndome sentar y sentándose ella sobre mis rodillas:—Dios me ha dicho en su templo, que *la mujer debe amar al marido y...* además—prosiguió bajando ruborosamente los ojos ¿no adivinas?

»Yo la estreché apasionadamente contra mi corazon...

»Juan, soy tan feliz que temo que esta dicha, por humana, no sea duradera.

»Tuyo,—Federico.»

F. MORENO GODINO

LOS LÍMITES DE LA ATMÓSFERA

Cuanto se refiere á la inmensa masa gaseosa, que envuelve la tierra, reviste siempre grandísimo interés; que es la atmósfera origen de multitud de acciones y fenómenos de la vida y depósito del activo gas por quien acaecen todas las combustiones. Ella tiene la propiedad de teñirse con los rojos matices de la aurora y de fingir, por medio del vapor acuoso, el brillante azul del cielo. La atmósfera mitiga el ardor de los rayos solares; en su seno fórjase el rayo, se congela la nieve y adquieren las flotantes nubes sus inconstantes formas. En agitacion perpetua, llévalas de una á otra parte, aumentando su volúmen ó reduciéndolas á leves masas, que heidas por la luz del sol brillan como el nácar, y ora las eleva á prodigiosas alturas, ora las hace descender á la tierra, hasta cubrirla con una gasa de niebla, ó las resuelve en benéfica lluvia, cuyas gotas, al caer, descomponen la luz, y la misma atmósfera, entonces, recoge y nos presenta, sobre un fondo plomizo, aquel hermoso arco, en cuyos siete colores está contenida la vida, según la frase del poeta alemán.

En los senos de la atmósfera flotan informes y casi sin vida, los gérmenes de la vida: es el pólén de una planta separada por largo espacio de tierra de la hembra que espera ansiosa el fecundante polvillo, la leve semilla del diminuto sér que ha de producir la mortal dolencia, el gérmen, en fin, de multitud de existencias efímeras, que nacen, se reproducen y mueren en cortos instantes, dejando á la atmósfera el cuidado de la pobre vida de sus descendientes.

Sobre nosotros pesa, sin sentirlo, la masa enorme del aire y gracias á este peso podemos sostenernos, como gracias al oxígeno respiramos y vivimos. Así el estudio del aire, la determinacion de sus movimientos, el conocimiento de sus propiedades y de todos los fenómenos atmosféricos, constituye, al presente, una de las ramas más útiles é interesantes de las ciencias naturales. Con datos suministrados por la Física, la Química y la Geología princi-



DESPUES DE LA NEVADA, cuadro por De Vigne

palmente, se fundó la *Meteorología*, cuya actual extension permite no sólo conocer perfectamente y describir, con todos sus pormenores, los fenómenos atmosféricos, sino predecirlos para prevenir sus consecuencias, con un grado de certeza y exactitud relativas, que no se alcanza todavía en ciencias más antiguas y adelantadas. Así á la cotidiana y paciente observacion de los movimientos de la atmósfera y fenómenos periódicos y accidentales que causan, dedícanse, en muchos y diversos lugares del planeta, buen número de sabios, ansiosos de dar con aquella ley general por la cual se rigen así la formacion de las tempestades como las corrientes fijas y variables que el distinto calórico origina en la gran masa de aire que envuelve la tierra. Otro género de observaciones refiérese á la distinta condicion de las capas atmosféricas, en cuanto se trata de las cantidades de oxígeno y nitrógeno que contienen, de las sustancias extrañas con tales gases mezcladas y de los gérmenes que arrastran. Algunos consagran su actividad al descubrimiento de mutuas influencias y relaciones de la tierra con el aire, el papel de este en la vida vegetal y animal y su accion sobre los minerales. En todos estos órdenes de hechos los resultados obtenidos permitieron establecer cierto número de leyes empíricas, en cuya virtud resolvíase, de manera notable, la prevision del tiempo, de cuya importancia y exactitud podemos juzgar, por desgracia muchas veces, viendo confirmadas las tempestades y trastornos atmosféricos, con antelacion anunciados y previstos.

Aparte de tales estudios y observaciones, cuyo número crece con extraordinaria rapidez, comenzaron, no ha mucho, otras tambien muy importantes, referentes á los límites de la atmósfera, asunto ilustrado por el ya famoso físico ginebrino M. Raoul Pictet con los interesantes trabajos comunicados á la Sociedad Helvética de Ciencias Naturales, en su última reunion celebrada en Lucerna. Acerca de ellos, voy á discurrir brevemente; porque pienso deban modificarse no pocas apreciaciones teóricas en vista de que los límites de la atmósfera terrestre se encuentran más alejadas de cuanto podria admitirse, según los cálculos meteorológicos.

Tres cuestiones principales pueden comprenderse dentro del asunto, á saber: el límite probable de la atmósfera, su figura, considerada en conjunto, y la constitucion de la periferia ó última capa de la envoltura gaseosa de la tierra. Sobre cada uno voy á permitirme llamar la atencion del autor, seguro de que ha de hallar datos interesantes, que proceden de sencillos fenómenos, cuya observacion no acaba, sino después de muchos y repetidos trabajos en sentido de determinar relaciones y propiedades que no se perciben á primera vista, aun cuando en ellas se encierra la explicacion de otros hechos de mayor entidad para la ciencia, ya que sirven á modo de último paso para inducir las leyes empíricas y las teorías de más alcance.

Tal acontece en el caso de la primera cuestion. Surge en presencia de un fenómeno meteorológico tan sencillo y frecuente como el paso de un bólido, radiante de luz, el cual cruzó el espacio del Sudeste al Noroeste, aproximándose al horizonte, con movimiento relativamente lento y despidiendo vivos fulgores, que dejaban en el espacio luciente estela azul verdosa, la noche del 29 de julio último. Pocas veces se ha visto un fenómeno parecido con semejante apariencia: la noche estaba serena, el viento en calma, la atmósfera cálida y el cielo sin la más leve nube. El gran tamaño del bólido, su velocidad no muy considerable y los brillantes colores de la luz que despedía, daban al fenómeno usual, caracteres singularísimos, nada despreciables para el investigador que no desperdicia hecho alguno y halla en las más pe-

queñas manifestaciones de la Naturaleza nuevos motivos de estudio y adelanto.

Las circunstancias antedichas permitieron no sólo que en muchos parajes pudiera verse, de igual suerte, el brillante meteoro, sino tambien medir con relativa precision su altura, á causa de la lentitud del mismo. A este fin, procuró M. Pictet obtener datos seguros, propios y ajenos, y comparando unos y otros, llegó á demostrar que el bólido en cuestion se ha observado, á la misma hora y con igual direccion, en gran número de lugares de Suiza, Italia y Francia y así la concordancia de los datos permite establecer como término seguro que el lugar de su aparicion está á *quinientos ó seiscientos kilómetros* sobre el nivel de la tierra, cifra en verdad que supera mucho á la admitida para el límite probable de la atmósfera terrestre. Cuando se trata del dato anterior, es preciso tener en cuenta dos hechos referentes, el primero, al bólido mismo,

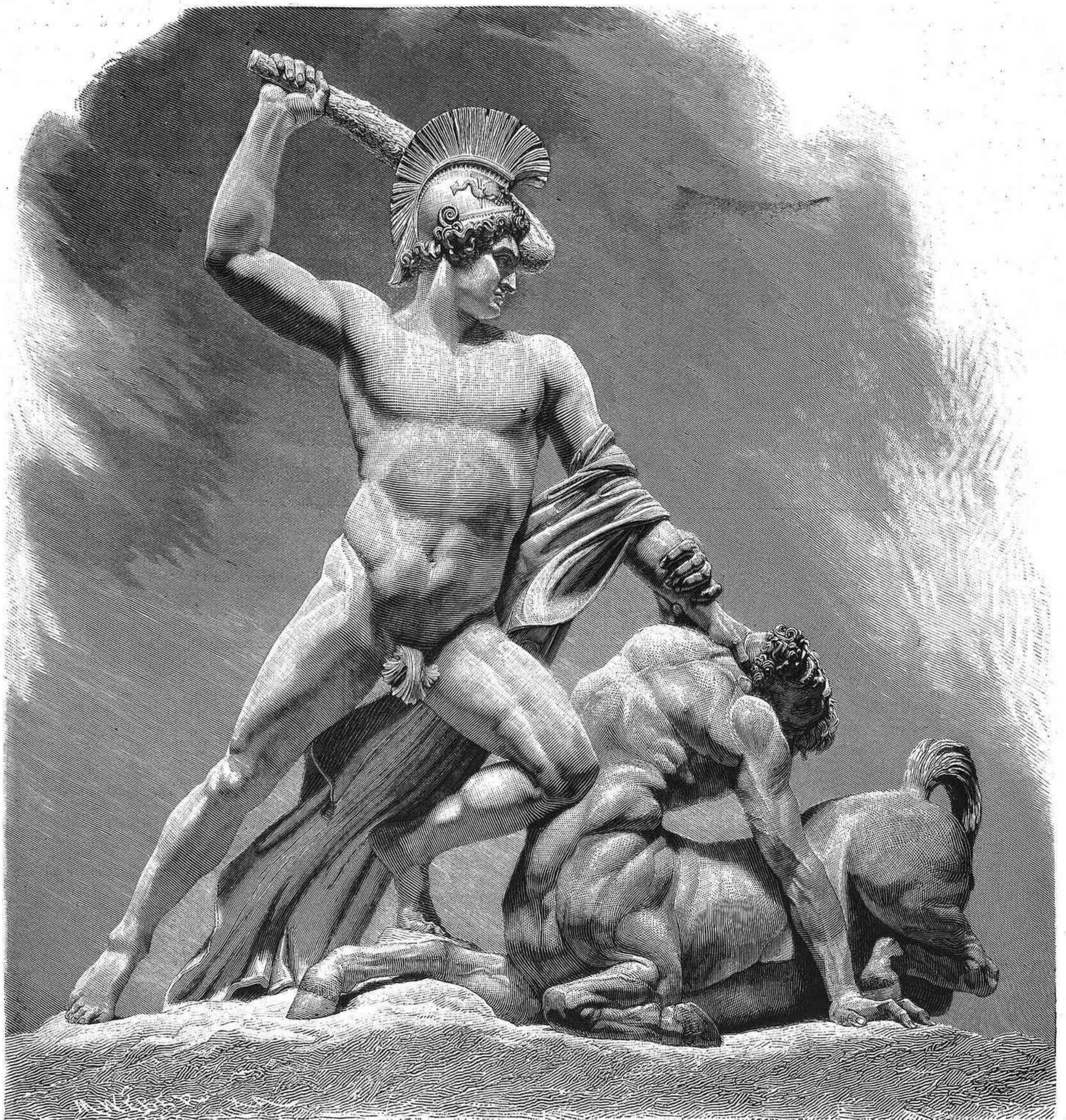
y á la manera de medir su distancia á la tierra, el segundo. Ningun meteorito es luminoso fuera de la atmósfera terrestre; pues deben su incandescencia, de una parte á la compresion de los gases, producidos en el trascurso de su marcha velocísima, y de otra al oxígeno que los quema, combinándose con ellos. De modo que la naturaleza de la luz de los bólidos es esencialmente térmica, en cuanto resulta de acciones semejantes á las que hacen despedir luz á un hierro calentado en la fragua. Es del dominio vulgar un experimento que consiste en inflamar yesca dentro de un tubo, en el cual, por medio de un émbolo que entra á frotamiento, se comprime aire; pues bien, el bólido en su carrera comprime gases, por virtud de lo cual se pone incandescente y vuélvese luminoso, ayudado por la combustion debida al oxígeno del aire.

De aquí se deduce que fuera de la atmósfera y en lugares perfectamente vacíos, los meteoritos en manera alguna despiden calor ni luz; están frios al par de los lugares por donde caminan errantes, hasta llegar á la atmósfera de la tierra, cuyos gases les hacen despedir viva luz. Según esto, basta medir la altura á que se percibe la trayectoria fugaz de un bólido para deducir, al punto, que allí hay seguramente atmósfera con todas sus acciones y fenómenos. Así hizo cabalmente M. Raoul Pictet y á ello se refiere el segundo de los puntos indicados. El interés real de toda observacion de la índole de la que trato, estriba en la medida de la altura del luminoso meteoro, cuya altura, á causa de la rapidez de los movimientos, casi nunca puede medirse. Si el descenso, al igual de lo acontecido en el caso presente, es muy lento, entonces pocos datos se necesitan; pues bastan los pormenores de algunas observaciones y conocer la distancia de los puntos de observacion, la altura del bólido sobre el horizonte y la declinacion. De estos números se deducen la distancia de trayectoria luminosa y la del bólido á la tierra.

Realizadas esta vez las medidas y comprobados los cálculos, resultó el anterior dato, por el cual se afirma que los límites de la atmósfera se hallan por lo ménos, á *seiscientos kilómetros* de la tierra; número, en verdad, muy superior á todas las previsiones meteorológicas.

La nueva conjetura se explica perfectamente teniendo en cuenta las modernas teorías que sobre la constitucion de los gases se han formulado, apoyándose en la termodinámica. Conforme á ellas, un gas es algo á modo de los enjambres de abejas. Una masa compuesta de infinito número de elementos materiales, suerte de proyectiles incessantemente móviles, en continuo choque y no teniendo para ejercitar su movilidad sino corto espacio libre; mas dotados, en conjunto, de admirable poder de traslacion. Admitiendo tal doctrina, al punto se puede decir cuál debe ser la constitucion de la periferia ó superficie más elevada de nuestra atmósfera. No constituirá, en verdad, una envoltura perfectamente lisa y sin rugosidades, inmóvil é inerte para toda accion violenta; mejor semejará el agua del Océano con su flujo y reflujo y sus olas que se levantan, formando montañas de blanca espuma, por sobre los peñascos de la costa. La superficie periférica de la atmósfera se concibe formada por multitud de proyectiles, cuya tenuidad supera á todo cálculo: son microscópicas masas de oxígeno, nitrógeno ó vapor de agua, lanzadas con velocidad enorme al espacio y moviéndose siempre para no caer chocando con nuevos proyectiles, de lo cual resultaria nueva proyeccion, dependiente de la velocidad de los que ascienden. Entre las masas pequeñísimas, lanzadas hácia los espacios planetarios, existe el vacío absoluto y así la superficie de la atmósfera es discontinua. A medida que nos elevamos del suelo el aire se halla más enrarecido, las distancias de sus elementos aumentan y el camino que cada uno puede recorrer libre es mayor. De





TESEO DANDO MUERTE AL CENTAURO, grupo en mármol por Canova

esta manera puede admitirse que á seiscientos kilómetros los elementos materiales se muevan en libertad y desligados de toda acción con los demás, por ser muy considerables los espacios vacíos que los separan.

En vano se preguntará á dónde va á parar el número infinito de proyectiles lanzados de esta suerte: su movimiento de excursión necesariamente ha de contrarrestarse, deben poseer una velocidad media, quizá relacionada con la distancia á la tierra y al espacio interplanetario, ya que todo es preciso para que la periferia de la atmósfera adquiera la temperatura media entre la de la tierra y la de la inmensa semi-esfera constituida por los espacios siderales; pues esto resulta de considerar el equilibrio térmico de los gases. Aun así, parecerán diminutas balas, lanzadas por un fusil microscópico, á un blanco que no se divisa y al cual jamás llegan.

Considerando que la temperatura es mayor en el ecuador que en los polos y que la variación diurna ha de

influir necesariamente en la velocidad media de los elementos gaseosos de la atmósfera, si se calculan las temperaturas absolutas de uno y otro lugar, pueden deducirse las velocidades correspondientes á cada elemento gaseoso, teniendo presente que para una columna vertical de aire son mayores sobre el ecuador que en los polos. Cada proyectil que se eleva desde los extremos del eje de la tierra adquiere una velocidad media de cuatrocientos kilómetros por segundo y si consideramos que al ascender y por efecto de los choques unas veces y de la relativa libertad otras, se hace mayor cuanto más se eleva, los números asignados por Raoul Pictet á los límites de la atmósfera, nada tienen de exagerados. Ahora bien, las mismas consideraciones, singularmente la que se refiere á la distinta velocidad de proyección en el ecuador respecto de los polos, á consecuencia de la diferente temperatura, permiten inducir que la altura de la atmósfera es mayor en el ecuador y por lo tanto, la figura de la cubierta

gaseosa que envuelve la tierra debe ser un gran elipsoide de revolución, cuyo eje menor es paralelo al del globo y el mayor perpendicular.

Tales son, en breve resumen, las consecuencias principales de una observación sencilla, practicada con admirable método. Es frecuente notar esto en las ciencias naturales, ya que los procedimientos de la Naturaleza, si muy varios y distintos en apariencia, reducen todos á meras variantes de fuerza y diversidad de cambios del movimiento. Cuenta Goethe que el naturalista Camper se complacía en fabricar, con yeso blando, un animal cualquiera y trasformarlo luego en otros, sin perder nada de la masa. No hace otra cosa la Naturaleza, cuando sus potentes manos sacan de la misma cantidad de fuerza las innumerables apariencias, á cuyo descubrimiento consagra el hombre todos sus afanes.

JOSÉ RODRIGUEZ MOURELO

ENCICLOPEDIA HISPANO-AMERICANA

## DICCIONARIO UNIVERSAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

Tenemos la satisfacción de anunciar á nuestros corresponsales y favorecedores la próxima publicación de tan notable libro, que editaremos ilustrado con millares de pequeños grabados intercalados en el texto para mejor comprensión de las materias de que en él se trata; y separadamente con mapas iluminados y cromo-litografías que reproducen estilos y modelos de arte.

Próximamente aparecerán los prospectos y primeros cuadernos de esta obra, la más importante de cuantas lleva publicadas esta casa editorial.

IMP. DE MONTANER Y SIMON